

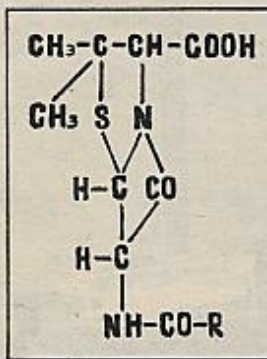
do, mucho antes de la fecha preferida por los cronistas.

Pero no sirvió de nada. Decisiones administrativas suficientemente estúpidas rompieron el equipo. Lovell fue trasladado a otro centro. Raistrick y Clutterbuck trataron de conseguir alguna ayuda y otro bacteriólogo, pero sólo encontraron sonrisas suspicaces. El abandono de Raistrick, descorazonado, coincidió con el descubrimiento, también casual, de las sulfamidas, gracias a un humilde químico de Düsseldorf llamado Förster, que, buscando un pigmento rojo para una fábrica de pinturas, encontró el pronosisil (2). El mundo de la ciencia se olvidó de Raistrick.

Normalmente se suele decir, porque resulta extraordinariamente divertido, que la "idea" de los antibióticos la tenían los sabios y los brujos desde los primeros días de la Humanidad y que por eso utilizaban plastos de materia orgánica putrefacta para curar heridas, como el "bálsamo de Fierabrás". Pero para un historiador de la ciencia que sea como es debido, esas son camelancias creenciales que están mejor en las revistas de miedo y de curanderismo.

Los precursores de verdad fueron científicos modernos. John Tyndall, por ejemplo, que en 1875 observó un fenómeno

(2) Ya sé que el descubrimiento médico del pronosisil se debe a Gerhard Domagk en 1932. Pero Förster fue la clave. Trabajaba en la búsqueda de colorantes derivados del benceno del alquitrán de hulla cuando consiguió el pronosisil, rojo, resistente y adaptable. Fue descrito por Mietzsch y Kliner. Más tarde, Domagk, interesado por la actividad desinfectante de la sustancia, inoculó pronosisil, parenteralmente, a ratones afectados por estreptococos hemolíticos y comprobó que sanaban con rapidez. Nacían las que fueron mitológicas "sulfamidas".



Primera fórmula de la penicilina.



Jeroglíficos egipcios en la tumba de Nefertari.

Los lenguajes universales

UN lector de Valencia, Pascual Pont, me envió una carta inteligente que TRIUNFO reprodujo en el pasado número. El señor Pont, para el que yo estoy "inmerso en la deformación profesional del especialista", comentaba los artículos que aquí se han publicado en torno a las pictografías y estimaba que, para entenderlos, es necesario un lenguaje universal que supere las diferencias babélicas. Su criterio es honrado y viene a coincidir con el de todos los hombres que, durante siglos, se han afanado por encontrar una "lingua franca", esperando, volapúk o cualquiera de las muchas otras que existen con éxito muy relativo.

No soy, al revés de como piensa el señor Pont, un especialista, pero algo he pensado acerca de las lenguas artificiales, un intento viejísimo y constantemente frustrado. Recuerdo que Borges cita, entre los pioneros, al reverendo John Wilkins, un inglés del siglo XVIII que inventó un idioma superador de todas las diferencias lingüísticas del mundo. Una vez descubrí, en una librería de viejo, a un español ignorado, el gallego Rosón que, a principios de nuestro siglo, ideó una Nueva Lengua Para los Sabios. Solamente que, por lo pronto, daba testimonio de un ejemplar tesón y bastante inventiva. Otras lenguas artificiales, como el Basic English, que no es inglés, aunque mucha gente lo cree así, han tenido mejor fortuna y bien recientemente se han urdido lenguajes de enorme complejidad técnica, como el Astraglassa de Lancelot Hogben, que habría de servirnos para comunicarnos con inteligencias "interplanetarias" y que se basa, naturalmente, en las matemáticas y la

electrónica. Hay muchos más y a lo mejor un día me ocupo de este asunto en un recodo de estas páginas.

No debe enfadarse el señor Pont por lo que voy a decir: en la raíz de todos estos inventos hay una renuncia a la libertad humana y a la aventura arriesgada del conocimiento. En realidad, cualquier artificio de esta índole es reaccionario, porque implica la condena de la capacidad creadora. Los que buscan lenguas artificiales parten siempre de una actitud indignada y justiciera: el mundo no se entiende y hay que conseguir que llegue a entenderse. Pero el procedimiento del artificio es una ortopedia: intenta constreñir al hombre dentro de un corsé técnico, impuesto, para evitar aquello que, precisamente, da testimonio de nuestra libertad, que es la facultad de equivocarnos. Una lengua artificial, gráfica o verbal, es siempre un gesto de miedo y de condena, un recurso de la desconfianza y de la facilidad.

Lo que pasa es que estos condicionamientos son demasiado sutiles y no suelen ser vistos claramente por los defensores de las lenguas ecuménicas. De hecho, la inmensa mayor parte de los esperantistas que yo he conocido, y han sido muchos, eran personas excelentes, liberales, generosas y bienintencionadas, que asombraban por su fe y su fuerza de voluntad. Pero estas son dimensiones morales del tema y de lo que hay que hablar es de sus dimensiones culturales y hasta neurofisiológicas. Culturalmente, la "lingua franca" es una reducción, un retroceso. Neurofisiológicamente, una corrección de la Naturaleza, es decir, un "idealismo" que puede llegar a ser pernicioso.

El recurso a la simplificación

—ese teneborcito que nos indica dónde se come —es primitivo y, por ende, es injusto. Lo que el mundo no ha sido capaz de hacer, por egoísmo y por ceguera, es conseguir que la gente pueda entenderse en varios idiomas, porque ese ha sido un privilegio reservado a los sectores opulentos. Si, para corregir el error, se arbitra un código de señales asequibles a los menos informados, que son los que más lo necesitarían, lo que se hace es limitar sus posibilidades de comunicación a las dimensiones del código mismo. Todas las claves del mundo que no entren en el código quedan siempre lejos del alcance de los legos y de los inocentes, a los que se fuerza a hablar por señas mínimas, como Tarzán. "MI querer ti", "MI comer".

El señor Pont menciona el problema con que se enfrentan nuestros trabajadores emigrantes en un medio lingüístico ajeno y hostil. Es una cuestión dramática y dolorosa, pero no es bueno creer que se resuelve con signos. La emigración es una injusticia brutal y su uso por los poderosos, una ignominia. Pero son precisamente los "contratistas" de emigrantes los que prefieren recurrir a los pictogramas y los códigos para evitar que los extranjeros en situación vulnerable lleguen a entrar en la parcela de la vida que se gobierna con el lenguaje: ni respetan la lengua materna del recién llegado, ni le abren las puertas de la lengua receptora. Eso permite mantener el dominio. Los turistas, que son, en otra medida, también vulnerables, pasan por una experiencia parecida. El conocimiento de la palabra les permitiría defenderse. El artificio de las señales simplificadas les condena, irremisiblemente, a comprar botijos a precio de falsanes. Un lenguaje artificial es, siempre, un truco de los poderosos. ■ F. M.

extraño: el penicillium glaucum aclaraba el agua sucia y repleta de bacterias. Después de Tyndall y entrando en el siglo XX, Metalnikov, Catani, Garré, Emmerich, Loew, Lode, Grosio y, sobre todos, Albert Vaudremer (que utilizó otro hongo, el Aspergillus fumigatus, para tratar la tuberculosis), an-

tipicaron la teoría antibiótica con seriedad. No hay prueba de que Fleming tuviese la menor idea acerca de todo esto hasta su golpe de fortuna, en septiembre de 1928.

Los trabajos de Ernst Chain y Howard Florey, que culminaron con el descubrimiento de la tecnología industrial de los anti-

bióticos, y no con el descubrimiento de la ya descubierta penicilina, no dieron comienzo a causa de la guerra mundial: habían empezado mucho antes, seguramente en 1937. En un principio, repitieron estrictamente el método de Raistrick y sólo mucho más tarde, con la ayuda de la industria america-